

CAPITULO LXXVII.

CONTINUACION DEL VIAGE A DELOS. CEREMONIAS DEL MATRIMONIO.

El amor presidia en las fiestas de Delos, y aquella numerosa juventud que habia reunido en torno de sí, no conocia otras leyes que las suyas. Unas veces de concierto con el himeneo, coronaba la constancia de los amantes fieles; otras hacia nacer la turbacion y languidez en un alma insensible hasta entonces; y por sus triunfos multiplicados, se preparaba el mas glorioso de todos, el himeneo de Ismena y Teágenes.

Testigo de las ceremonias que acompañaron á esta union, voy á describirlas, y á referir las prácticas que las leyes, el uso y la supersticion han introducido, para atender á la seguridad y felicidad del mas santo de los empeños; y si se introducen en esta relacion algunas circunstancias frivolas en la apariencia, serán ennoblecidas por la sencillez de los tiempos á que se refiere su origen.

Empezaba á renacer en Delos el silencio y la calma. Iban saliendo los pueblos como un rio, que despues de haber cubierto los campos se retira á su madre. Los habitantes de la isla habian madrugado mas que la aurora, y coronados de flores, ofrecian sin cesar en el templo y en las casas, los sacrificios para hacer propicios á los dioses en el himeneo de Ismena. Habia llegado el instante de formar los lazos: nosotros nos habiamos reunido en casa de Filocles; abrióse la puerta de la habitacion de Ismena, y vimos salir los dos esposos acompañados de sus padres, y de un oficial público que acababa de extender el papel de contrato. Las condiciones eran sencillas. Nada se habia especificado en razon de intereses entre los padres, ni en cuanto á causa de divorcio entre los contrayentes; y en cuanto al dote, como ya eran parientes Teágenes y Filocles, no se hizo mas que recordar la ley de Solon, que para perpetuar los bienes en

las familias, ordena que las hijas únicas se casen con sus próximos parientes.

Estábamos todos magníficamente vestidos con ropas que nos había dado Ismena. El vestido de Teágenes era obra suya. Ella tenía un collar de piedras preciosas y una ropa en que el oro y la púrpura confundían sus colores. Ambos tenían los cabellos tendidos, perfumados de olores y coronados de adormideras, sésamos y otras plantas consagradas á Venus. Con este aparato subieron á un carro, y fueron al templo. Ismena llevaba á su esposo á la derecha, y á su izquierda á un amigo de Teágenes, que debía acompañarle en esta ceremonia. Las gentes apresuradas esparcían flores y aguas de olor á su tránsito; y exclamaban: estos no son mortales, este es Apolo y Coronis; esta es Diana y Endimion: estos son Apolo y Diana. Queriendo además recordarnos presagios favorables, y prevenir los adversos, decía uno: yo ví esta mañana dos tórtolas cernerse por largo rato en el aire, y posarse despues juntas en la rama de este arbol. Otro decía: alejad la solitaria corneja, que vaya lejos de aquí á llorar la pérdida de su fiel compañera; pues no habria cosa mas funesta que su aspecto.

Fueron recibidos los dos esposos á la puerta del templo por un sacerdote que presentó á cada uno un ramo de yedra, simbolo de los lazos que

debían unirlos para siempre; despues los llevó al altar donde estaba todo preparado para el sacrificio de una novilla, que se debía ofrecer á Diana, á la casta Diana, para aplacarla, como tambien á Minerva y á las otras divinidades, que nunca llevaron el yugo del himeneo. Se imploraba tambien á Júpiter y á Juno, cuya union y amores serán eternos: al Cielo y á la Tierra, cuyo concurso produce la abundancia y la fertilidad, á las Parcas, que tienen en sus manos la vida de los mortales; á las Gracias, porque engalanan los dias de los esposos felices; y por fin á Venus, á quien debe su nacimiento el amor, y los hombres su felicidad.

Los sacerdotes despues de haber examinado las entrañas de las víctimas, declararon que el cielo aprobaba este himeneo; y para acabar las ceremonias, pasamos al Artemisio, donde los dos esposos depositaron una trenza de sus cabellos sobre el sepulcro de los últimos teoros hiperboreos. La de Teágenes estaba arrollada al rededor de un manojo de yerbas, y la de Ismena al rededor de un huso. Esta costumbre recuerda á los esposos la primera institucion del matrimonio, y el tiempo en que el uno debía atender principalmente á las labores del campo, y la otra á los cuidados domésticos.

Luego tomó Filocles la mano de Teágenes, la puso en la de Ismena, y pronunció estas pala-

bras: «yo os doy mi hija, para que deis á la re-
« pública ciudadanos legitimos.» En seguida se
juraron los dos esposos una fidelidad inviolable;
y sus padres, despues de haber recibido sus ju-
ramentos, los ratificaron con nuevos sacrificios.

Empezaba la noche á desplegar su manto so-
bre los aires, cuando salimos del templo para ir
á casa de Teágenes. La marcha iluminada con
innumerables hachas, iba acompañada de música
y danzas. La casa estaba iluminada y cubierta
de guirnaldas.

Luego que los dos esposos llegaron al umbral
de la puerta, les pusieron por un instante unos
canastillos de frutas sobre las cabezas, como un
presagio de la abundancia de que habian de go-
zar: al mismo tiempo oímos repetir por todas
partes el nombre de Himeneo, de aquel joven
de Argos que devolvió en otro tiempo á su patria
las doncellas de Atenas, robadas por unos cor-
sarios; y logró por premio de su celo una de
aquellas cautivas, á quien amaba tiernamente,
desde cuya época no celebran los Griegos matri-
monio alguno sin recordar su memoria.

Siguieron estas aclamaciones hasta la sala
del festin, y continuaron durante la comida;
entonces algunos poetas que se habian introdu-
cido en la sala, recitaron varios epitalamios.

Se presentó un niño medio cubierto de ramos
de espino blanco y de encina, con un canastillo

en las manos, y entonó un himno que empieza
asi: «troqué mi antiguo estado, por otro mas
« felice.» Los Atenienses cantan este himno en
una de sus fiestas, destinada á celebrar el ins-
tante en que sus mayores, alimentados hasta
entonces con frutos silvestres, gozaron en socie-
dad de los presentes de Ceres; mezclándolo en
las ceremonias del matrimonio, para dar á en-
tender, que despues de haber dejado los hom-
bres las selvas, fué cuando gozaron de las deli-
cias del amor. Despues entraron bailarinas lige-
ramente vestidas, y con movimientos variados
pintaron los raptos, las languideces y embria-
guez de la pasion mas dulce.

Concluida esta danza, encendió Leucipa la ha-
cha nupcial, y condujo á su hija á la habitacion
que le estaba preparada. Muchos símbolos repre-
sentaron á los ojos de Ismena los deberes que en
otro tiempo estaban anexos á su nuevo estado.
Ella llevaba uno de aquellos vasos de tierra, en
que se tuesta la cebada; una de sus criadas tenia
en las manos una criba, y sobre la puerta habia
un instrumento que sirve para moler el grano.
Los esposos probaron una fruta, cuya dulzura
debía ser emblema de su union.

Entre tanto nosotros dominados de los impul-
sos de una alegría excesiva, dábamos voces tu-
multuosas, y sitiábamos la puerta defendida por
un amigo de Teágenes. Una multitud de jóvenes

danzaban al son de muchos instrumentos. Por fin la teoría de Corinto, encargada de cantar el himeneo de la tarde, interrumpió este ruido. Despues de haber felicitado á Teágenes, añadió:

« Nosotros estamos en la primavera de nuestra
« edad: somos lo selecto de las hijas de Corinto,
« tan celebradas por su hermosura. ¡O Ismena!
« no hay una entre nosotras, cuyos atractivos
« no cedan á los tuyos. Mas ligera que un caballo
« de Tesalia, superior á sus compañeras como
« una azucena que honra el jardin, Ismena es el
« adorno de la Grecia. Todos los amores están
« en sus ojos, todas las artes respiran bajo sus
« dedos. O doncella, ó muger encantadora, ma-
« ñana iremos al prado á coger flores para for-
« mar una corona, que colgaremos del mas her-
« moso plátano inmediato. Bajo su ramage
« naciente derramaremos perfumes en tu honor,
« y grabaremos sobre su tronco estas palabras:
« *ofrecedme vuestro incienso, yo soy el arbol de Is-*
« *mena.* Te saludamos, esposa feliz, te saludamos
« bienhadado esposo: así Latona os dé hijos pa-
« recidos á vosotros; así Venus os abrase con su
« llama, así trasmita Júpiter á vuestros últimos
« nietos la felicidad que os rodea. Descansad en
« el seno de los placeres: no respireis ya mas que
« el amor mas tierno. Nosotras volveremos al
« amanecer, y cantare mos de nuevo: ¡ó himen,
« himeneo, himen! »

Al dia siguiente á la primera hora del dia vivimos allá, y las doncellas de Corinto cantaron el himno siguiente.

« Os celebramos con nuestros cánticos, Venus,
« adorno del Olimpo; Amor, delicias de la tierra,
« y á vos, Himen, fuente de vida: os celebramos
« con nuestros cánticos, Amor, Venus, Himen,
« ¡O Teágenes! Despertad: echad una mirada á
« vuestra amante; joven favorito de Venus, di-
« choso y digno esposo de Ismena, ¡ó Teágenes
« despertad! mirad vuestra esposa: ved cual bri-
« lla; ved esa frescura de vida que anima todo su
« semblante. La rosa es la reina de las flores: Is-
« mena es la reina de las beldades. Ya se abre á
« los rayos del sol su párpado tímido: feliz y dig-
« no esposo de Ismena, ó Teágenes, despertad. »

Este dia que los dos amantes miraron como el primero de su vida, le emplearon ellos casi todo en gozar del tierno interes que los habitantes de la isla tomaban en su himeneo, y se autorizó á todos sus amigos á ofrecerles regalos. Se los hicieron uno á otro, y recibieron en comun los de Filocles, padre de Teágenes, los que trajeron con pompa. Abria la marcha un niño vestido de blanco, con una hacha encendida en la mano: despues venia una niña con un canastillo en la cabeza; y tras ella muchas criadas y criados con vasos de alabastro, botes de olores, diversas especies de esencias, pastas de olor, y cuanto el

gusto, la elegancia y el aseo ha podido convertir en necesidad.

Por la tarde llevaron á Ismena á casa de su padre; y no tanto por conformarse con el uso, como por expresar sus verdaderos sentimientos, manifestó la pena de haber dejado la casa de su padre: al dia siguiente se la volvieron á llevar á su esposo, y desde aquel momento nada turbó su felicidad.



CAPITULO LXXVIII.

CONTINUACION DEL VIAGE A DELOS. SOBRE LA FELICIDAD.

Juntaba Filocles al corazon mas sensible un juicio exquisito, y profundos conocimientos. En su juventud habia sido discípulo de los mas célebres filósofos de la Grecia. Rico con sus luces, y mas todavía con las reflexiones propias, se habia formado un sistema de conducta, que deramaba la paz en su alma, y en cuanto le rodeaba. Nosotros no cesábamos de estudiar este hombre singular, en quien cada momento de vida era un instante de felicidad.